

---

PAREYSON, LUIGI

*Verdad e interpretación, Traducción y estudio crítico de Constanza Giménez.*  
Encuentro, Madrid, 2014, 302 pp.

Luigi Pareyson (1918-1991) fue traductor, estudioso y buen conocedor del idealismo y del romanticismo alemanes, además de un difusor de las ideas existencialistas, que considera representadas en Jaspers y Heidegger, Marcel y Berdiaev. Desarrolló en su juventud una estética en su *Teoría de la formatividad* (1954), donde une

las teorías clásicas con el formalismo, el procesualismo francés y el pragmatismo americano. Todo un espectro de conocimientos y erudición que va a proporcionar a su “teoría de la interpretación” un amplio *background*, una nutrida *Weltanschauung*. La hermenéutica de Pareyson fue elaborada en los años 60 y culmina con su obra *Verdad e interpretación* (1971). El que fue maestro de Umberto Eco y Gianni Vattimo desarrolló de manera más amplia lo que ya había venido diciendo desde los años 40 y 50 en el ámbito de la estética.

Vemos también aquí los vínculos que establece entre el “personalismo ontológico”, la “metafísica de la forma” y la “gnoseología de la interpretación”. En *Verdad e interpretación* Pareyson pasa del concepto de “forma” a los de “verdad” y “ser” y, por tanto, de una “gnoseología de la interpretación” de la forma a una “ontología de lo inagotable”, es decir, de la verdad y del ser. Estos serían cognoscibles a la vez que inagotables, por lo que nadie se podría hacer con ellos de modo exclusivo. Para algunos, esta obra es el punto de partida y de llegada de todo su pensamiento, “la obra cumbre de Pareyson”, “un clásico de la hermenéutica”, “una obra teórica de primer orden”. Como recuerda Alejandro Llano en la introducción de esta edición en castellano, Pareyson ha sido —junto con Gadamer y Ricoeur— uno de los primeros pioneros que se adentran en el territorio hermenéutico, siguiendo los pasos de Heidegger.

En efecto, el filósofo turinés se sirve del arte “para verificar el carácter profundamente originario [de la interpretación], hasta el punto de conferirle una validez generalísima y una fecunda aplicación a todos los campos”, aunque excluye de modo explícito en varias ocasiones el ámbito de las ciencias experimentales. Como consecuencia, Pareyson habla de “*analogía con el arte*” cuando se refiere precisamente al conocimiento de la verdad. En este sentido, conocer la verdad podría compararse al proceso que realiza un intérprete ante una partitura: que ofrece esa obra de arte, al mismo tiempo que manifiesta su propia personalidad. Por tanto, pasamos al desarrollo de una teoría más profunda sobre el valor expresivo y revelativo de la interpretación, sobre su originalidad y “originariedad”, es decir, su vinculación al origen. La hermenéutica del arte y la hermenéutica de la verdad presentan profundas analogías; pero al mismo tiempo

el arte tan sólo es un mediador entre esa misma verdad y la persona: el arte —como la filosofía y el resto del obrar humano— revela también la verdad, pero no es lo mismo que la verdad.

Recordemos de igual manera un consejo del filósofo al comenzar esta obra: “Estas páginas están destinadas a un tipo de lector que lee lenta y de modo meditado, que está dispuesto a desarrollar e integrar las [distintas] sugerencias [que se le ofrecen]. Por tanto, se confía en la colaboración del lector. Muchas de estas [páginas] son el resultado de una densa concentración y, por tanto, están expuestas al peligro [de caer en] lo que dice el aforismo *brevis esse laboro, obscurus fio*”: por ser un libro breve, resultará difícil de entender” (p. 37). El estilo breve, esencial y esquivo del maestro de Turín deja en el aire toda una serie de sugerencias que el lector puede completar. En cierto modo, podría aplicarse el calificativo de “obra abierta” de Umberto Eco. Por esto, aquí tan solo podremos esbozar a modo de apunte algunas ideas sobre esta hermenéutica.

Pareyson define la interpretación como “forma de conocimiento en el que el ‘objeto’ se revela en la medida en que el ‘sujeto’ se expresa, y al revés”. Por tanto, se trata de un “conocimiento histórico y personal” —no absoluto— de la verdad. Pero ambos extremos son importantes: por un lado la instancia personal, pero por otra también que el conocimiento ha de ser de la verdad. Nos encontramos, pues, con los dos polos de la interpretación: un elemento variable y otro estable: *la persona y la verdad*. Como consecuencia directa, en la interpretación, se encuentran inseparablemente unidas la revelación de la verdad y la expresión de la propia personalidad y del propio tiempo. La interpretación será “*totalmente* revelativa y *totalmente* expresiva, *a la vez que totalmente* personal y ontológica” (cf. pp. 46ss.).

Persona y verdad se encuentran presentes en toda interpretación, conviviendo de modo continuo en un difícil equilibrio que sin embargo ha de alcanzar a todo intérprete. La interpretación hará posible que un particular punto de vista alcance la verdad y el ser. Persona y forma, persona y verdad resultan inseparables, siempre y cuando haya un “ejercicio de fidelidad”. Pueden darse por tanto malas interpretaciones o sobreinterpretaciones, donde el aspecto expresivo predomina sobre el revelativo hasta eclipsarlo. A lo largo

de las páginas de este libro son abordados tres grandes temas en relación con la verdad: la historia, la ideología y la filosofía. Constituyen pues todos estos desarrollos una atrevida defensa de la verdad en tiempos de escepticismo y relativismo. No tiene sin embargo esta postura nada de ultramontana o dogmática, pues claramente el autor opta por el pluralismo de la interpretación, sin que esta disuelva la existencia de la verdad.

El riesgo de la libertad constituye así un importante componente de todo conocimiento, por lo que se destaca la dimensión ética de este. Es aquí donde se aprecia la impronta existencialista del pensamiento pareysoniano sobre el conocimiento de la verdad. Ravera hablaba de la “fuerte tensión ética de la estética de Pareyson”, mientras Giametta se referirá a la hermenéutica de nuestro autor como una “gran celebración entusiasta de la verdad”. Así, la hermenéutica que propone Pareyson pretende ser la que busca la verdad con riesgo e iniciativa, a la vez que intenta ser fiel a la verdad. La de Pareyson es verdaderamente una filosofía que mira a la verdad, renunciando a todo platonismo o a un “misticismo de lo inefable” que la convertiría en poesía o en religión.

La originaria relación de la persona con la verdad no compromete la trascendencia de esta última respecto a cada persona. Como decíamos, persona y verdad son los dos polos de un *evento* en el que se manifiesta la verdad, por el que encuentra un acceso al ser y a la realidad, como se da en el arte y en cualquier actividad humana. La persona es un “faro revelador”, una vía de acceso al ser que se encuentran en la realidad, y a los que se accede gracias a la interpretación. Como indica Salinas en el estudio preliminar la hermenéutica pareysoniana constituye una verdadera “decisión por la verdad”. Rehuyendo tanto un escepticismo y un relativismo, como un pensamiento ideológico y dogmático, *Verdad e interpretación* muestra un conocimiento plural que asume la dimensión histórica y personal, a la vez que la ontológica y filosófica. Una interesante pista y una decidida propuesta para la posmodernidad.

Pablo Blanco. Universidad de Navarra  
pblanco@unav.es